



< Garduña

La presencia de Félix en Pelegrina es recordada aún por muchas personas del entorno y en su recuerdo fue levantado en 1980 un monumento de piedra que preside un amplio mirador sobre la hoz que abarca un amplio paisaje donde se atesoran los valores ambientales de este increíble lugar.

Siguiendo las palabras de **Fernando L. Rodríguez Jiménez**

quien fue uno de los naturalistas más destacados de una parte importante de los rodajes de El Hombre y la Tierra en Pelegrina, extraído de su libro **Así se hizo El Hombre y la Tierra**, en el capítulo, Pelegrina: un plató en la Naturaleza, dice:

“Un día de invierno de 1973, Félix y yo salimos a todo gas de Madrid en su magnífico porche deportivo. Partimos camino de Sigüenza, dirigidos a un lugar que a él le parecía adecuado para hacer un plató natural donde tener animales salvajes en semilibertad. En él podríamos captar momentos de sus vidas sin que ellos supusiese años de trabajo y azares en la producción. A unos 125 Km. pasando Torremocha del Campo, antes de llegar a Saúca, paró su vehículo y me dijo: “Te voy a enseñar algo que he descubierto y espero que te guste como plató para nuestros rodajes” Caminamos juntos un buen trecho... De pronto llegamos a una cárcava donde Félix se encaramó a una piedra, un conjunto de líquenes blancos decoraban la roca en la que se subió, dibujando una forma sorprendentemente circular y como un Moisés del siglo veinte, extendió el brazo y me dijo: “Voilà. ¿Qué te parece Fernandito?” Me quedé un tanto perplejo. Me pareció un sitio muy hermoso, sorprendente e ideal. En medio de la llanura mesetaria, una cárcava sorpresiva, excavada en la blanda roca kárstica y de conglomerado rompía la monotonía del paisaje. En transcurso milenario del río Dulce había modelado impresionantes acantilados adecuados para rodar águilas. Las paredes naturales podrían servir de fácil plató. Lo que hoy es apenas una quebrada, en otros tiempos debió de ser un río más anchuroso, a juzgar por la gran separación de sus paredes... Al fondo del barranco discurrían las aguas del río, transparentes, mansas, cantarinas, a tramos con fragüines y chorreras. Una cascada estrecha, muy bella, se desprendía a nuestros pies, desplomándose en el vacío unos cien metros; el fragor era repetido por el eco, aumentando su efecto sonoro; el agua al chocar contra las rocas del suelo había excavado una depresión donde se había formado una preciosa lagunita. El río Dulce de aguas transparentes reflejaba los árboles de las riberas: sauces, olmos, robles, chopos, nogales y cerezos; también juncos y zarzales, rosaledas naturales y verdes praderas engalanaban las orillas dándoles vida. Un oasis en medio del páramo mesetario.

Un oasis de vida es lo que es Pelegrina. Más de 10 Km. de cortados de los que gran parte se pueden recorrer a pie de río o por sendas debidamente trazadas sin mayor problema, aunque siempre respetando escrupulosamente los valores ambientales, el paisaje con sus roquedos, la vegetación, la fauna y la flora. Pelegrina se disfruta con todos los sentidos. Imprescindible llevar prismáticos, cámara de fotos y/o telescopio, pues bien en los cortados, en los roquedos, en cualquier árbol o en el lecho del río nos aguarda la sorpresa y permanentemente en el cielo la silueta de las grandes rapaces nos acompañarán todo el camino. Imprescindible igualmente es recalar en el mirador Rodríguez de